



El ensayismo crítico y la transnacionalización del latinoamericanismo en el Cono Sur (1990-2000)

Roxana Patiño¹

Resumen. Este artículo se enfoca en el estudio del debate teórico sobre el latinoamericanismo crítico transnacionalizado a finales del siglo XX en su intersección con el *ensayismo crítico* del Cono Sur, en particular, en la forma en que éste se transforma en un dispositivo discursivo para establecer una diferencia respecto de los usos y la razón crítica de los discursos académicos sobre la literatura latinoamericana en la primera fase de la globalización. Especial énfasis se hace en el ensayismo de las revistas *Punto de Vista* (Argentina) y *Revista de Crítica Cultural* (Chile), y de sus dos directoras, Beatriz Sarlo y Nelly Richard, respectivamente.

Palabras clave: transnacionalización; literatura latinoamericana; ensayo; crítica literaria; revistas culturales.

[en] Critical Essayism and the Transnationalisation of Latin-Americanism in the Southern Cone (1990-2000)

Abstract. This article focuses on the way the theoretical debate about transnationalized critical Latin-Americanism (*latinoamericanismo crítico*) at the end of the twentieth century intersects with critical essayism in the Southern Cone. More in particular, it studies how critical essayism is transformed into a discursive device to create a difference regarding the uses and critical reason of academic discourses on Latin American literature in the first phase of globalization. Special emphasis is placed on the essayism of the cultural journals *Punto de Vista* (Argentina) and *Revista de Crítica Cultural* (Chile), and their editors, Beatriz Sarlo and Nelly Richard, respectively.

Keywords: transnationalization; Latin American literature; essay; literary criticism; cultural journals.

Cómo citar: Patiño, R. (2017) El ensayismo crítico y la transnacionalización del latinoamericanismo en el Cono Sur (1990-2000), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 49-62.

Nos proponemos indagar en este trabajo algunas de las formas en las que el ensayo del Cono Sur –particularmente en Argentina y Chile– toma los desafíos que la crítica literaria y cultural latinoamericanas enfrenta a partir de los años noventa; esta ensayística ligada a la crítica construye una instancia enunciativa diferenciada ante la irrupción de una serie de paradigmas teóricos transnacionales que intersectan el discurso crítico del latinoamericanismo regional con los debates entablados por el pensamiento posestructuralista y la crítica a la modernidad

¹ Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
E-mail: patinor57@gmail.com

cultural en el marco de los primeros años del proceso de globalización. Partimos de la asunción de que el flujo y la dimensión transnacional que adquirieron los discursos teóricos que permearon y transformaron la crítica literaria –principalmente provenientes de los estudios culturales, la deconstrucción, los estudios poscoloniales y decoloniales, los estudios de la subalternidad, el amplio espectro de los estudios de género, la sociología y la antropología cultural, entre los principales– impactaron significativamente en la conformación de lo que conocemos como el “latinoamericanismo crítico” entre la última década del siglo XX y la primera del XXI. Con tal denominación se entiende el conjunto de obras de reflexión e interpretación crítica acerca de la literatura y la cultura de América Latina que en ese periodo alberga en su matriz la confluencia de su propio repertorio hermenéutico, vinculado a la tradición de las diferentes fuentes del americanismo cultural del siglo XX, con un nuevo flujo de discursos teóricos –notoriamente transnacionalizados para entonces– provenientes de diversos horizontes epistemológicos del pensamiento contemporáneo que se postulan con potencial para repensar la cultura crítica de la modernidad en la región.

Es en este espacio de “comunidades discursivas” donde queremos intersectar el registro del latinoamericanismo crítico tal como acabamos de delimitarlo, con el ensayo sobre esta misma problemática, dentro de lo que conoce como “ensayismo crítico”. Ambos se intersectan en un campo de problemáticas semejantes, se desarrollaron mayoritaria pero no exclusivamente dentro del espacio universitario transnacional y el formato de su textualidad estuvo marcado en cierta forma por esa práctica; sin embargo, nos interesa aquí resaltar el ensayismo crítico como parte constitutiva de otro espacio de enunciación fuertemente intelectual pero refractario a las diversas formas de la institucionalidad, académica o estatal, que elige ese registro como modo de encodificar las reflexiones sobre estos debates y procura construir un discurso diferenciador del que hemos presentado. Emblemáticas de este tipo de ensayismo son dos revistas del cono sur: la argentina *Punto de Vista* (1978-2008), dirigida por Beatriz Sarlo y la chilena *Revista de Crítica Cultural* (1990-2008), dirigida por Nelly Richard. “Revistas cómplices” como se han reconocido, aunque con orígenes temporales diferentes, se encuentran desde principios de los noventa generando reflexiones desde un pensamiento crítico con una fuerte consolidación individual y colectiva de sus posiciones.

A pesar de no ser una publicación de crítica cultural latinoamericana en sentido estricto, *Punto de vista*, como veremos más adelante, ha sido la revista que introdujo más tempranamente en América Latina los estudios culturales ingleses, como parte de su reflexión en busca de nuevos faros teóricos en su paso del marxismo al posmarxismo (Patiño 1999). Por su parte, la *Revista de Crítica Cultural* nace, coincidiendo con la recuperación democrática en Chile, precisamente para generar desde el sur un espacio de interlocución del “debate teórico y cultural de América Latina”. Tal vez por su inicio coincidente con el arribo de estos discursos, la revista chilena sintonizó con mayor focalización, o más “temáticamente”, estos debates que la argentina y pueden encontrarse a lo largo de sus 36 números, volúmenes completos o dossiers dedicados a ellos. Como afirma Mabel Moraña, ambas revistas son imprescindibles “para el análisis de la cultura actual, situadas en la encrucijada creada por el deterioro de la cultura letrada, la globalización y las políticas culturales del neoliberalismo” porque “ofrecen lecturas

disparos pero convergentes de las problemáticas regionales y de su diálogo con vertientes diversas del pensamiento crítico-cultural a nivel internacional” (2003: 67). Sin embargo, a pesar de compartir preocupaciones vinculadas a los debates de la crítica literaria y cultural del momento, hay diferencias sustanciales que las hacen singulares, diferencias que quedan marcadas no solo por sus argumentaciones críticas sino fundamentalmente por la particular coyuntura político-cultural en la que cada una de ellas asoma a la escena de las transformaciones finiseculares. Aún en esta diferencia, ambas asumen el registro ensayístico con la premisa de que desde allí se pueden auscultar nuevas zonas de indagación de la cultura y el arte contemporáneos que los discursos institucionalizados obturaban.

Quisiéramos proponer, al enfocarnos en ambas revistas y en los escritos de sus dos directoras y sus colaboradores más cercanos a esta problemática, que el ensayismo crítico es el registro discursivo elegido para instalar un espacio de reflexión intelectual diferenciado, marcadamente no académico, refractario al registro del “paper” tan cercano a la proliferación productivista de los años noventa, aunque con un radar cercano a sus incitaciones que permite registrar con fineza los debates. Una forma de escritura que posibilita el ahondamiento en un campo de indagación pero también el recorrido a través de los vasos comunicantes de zonas vecinas, marginales o emergentes, tanto de discursos cuanto de prácticas específicas. Tal vez sea por el mismo hecho de no hacerse cargo del *dictum* académico y de sus debates anclados en una lógica que no les interesa asumir como protagonistas, que ambas revistas son explícitamente contrarias a su incorporación en un ámbito disciplinario o a una de las diversas teorías que mencionamos antes, aun cuando tanto Sarlo como Richard son convencidas practicantes del cruce de enfoques transdisciplinarios. Sus ensayos se empeñan en desplegar una deliberada plasticidad para cruzar discursos que provienen de la crítica literaria y de arte, el análisis cultural, la historia intelectual, la crítica política, la reflexión estética y filosófica, sin otro faro que las preocupaciones intelectuales y artísticas con fuerte anclaje político.

No se trata, como se sabe, de una tendencia nueva en América Latina sino más bien de todo lo contrario. La consanguinidad histórica entre pensamiento latinoamericano y política atraviesa la inestable –en algunos casos traumática– relación entre intelectuales y Estado, fortaleciendo un espacio de enunciación intelectual desplazado del académico y sus prescripciones disciplinarias y retóricas. Como afirma Renato Ortiz en *Punto de Vista* (Nº 71, 2001), “el ensayo, como forma de aprehensión de la realidad, sobre todo en la tradición latinoamericana, [ha] sobrevivido al proceso de formalización de las disciplinas” (38); pero aun en una instancia en la que la transdisciplina posibilita un discurso académico más flexible, la opción continúa siendo una textualidad ensayística que desplaza y pone en suspenso el énfasis y los núcleos duros con los que las tendencias teóricas del posmodernismo, tan afectas sin embargo a esa textualidad laxa y a una preocupación por la escritura, estaban demoliendo el pesado edificio de la modernidad cultural, incluido el de las disciplinas humanísticas. Finalmente, se trata de una escritura y un soporte (la revista) que no poseen ningún tipo de anclaje institucional (ni estatal, ni privado, ni académico), aunque sí una creciente y sostenida legitimidad intelectual. La extrema libertad que esta independencia

supone acompaña inexorablemente a la fragilidad de la empresa, lejana de la estable previsión de las revistas de crítica literaria o cultural que dialogan con estas publicaciones intelectuales del Cono Sur desde la seguridad de sus soportes institucionales en el ya amplio abanico transnacionalizado de revistas que abordaban por entonces estas problemáticas.

Un recorrido de los textos de ambas revistas vinculados al estado de la crítica literaria y cultural del periodo 1990-2000, permite afirmar que la forma ensayística es exactamente el “tono”, el “registro” que tanto Sarlo como Richard –cada una en su peculiar estilo– eligen para instaurar su disidencia, su distancia crítica respecto no solo de los temas que se abordan dentro del debate cultural contemporáneo, sino principalmente de sus formas. El ensayo les permite una colocación más libre, más cercana a la figura del intelectual crítico latinoamericano que mantiene tensiones con las prescripciones provenientes del mundo académico como zona hegemónica y dadora de sentido sobre la literatura en un momento de fuerte transformación. Tanto Sarlo como Richard son figuras de importante referencia en el espacio universitario internacional vinculado al latinoamericanismo en esa década. Sin embargo, su inscripción dista bastante de la de un clásico académico portador de un discurso acorde a esa lógica de productividad tan acentuada en el periodo. Ha sido más bien una intervención sesgada, conflictiva, episódica, y cuando se hallaron en un espacio articulado a la academia marcaron cada una a su manera una notoria distancia crítica (Sarlo), o una caución de alerta permanente (Richard) respecto de la geopolítica de instauración de los nuevos derroteros teóricos y críticos del latinoamericanismo. Los textos de ambas ensayistas –así es como, precisamente, prefieren autodenominarse–, publicados en su revista, en la de su colega trasandina o en otras instancias, son recelosos de una alineación lisa y llana en cada una de las tendencias de la hora. La estructura ensayística les provee la forma justa de sintonizar y de construir la posición diferenciada, poco afecta a las afiliaciones a compuestos ideológico-críticos en bloque. Es, además, el discurso intelectual por excelencia y el que les asegura aquel distanciamiento crítico del que sus argumentos hablan. Es, finalmente, el discurso que, en una época de fuerte academización de los discursos intelectuales, ellas eligen seguir privilegiando, articulando libremente una reflexión que no tiene que ajustarse a la lógica –teórica, crítica, política e institucional– de los debates académicos desterritorializados pero claramente articulados por tendencias muy definidas. No es un gesto menor en un mercado discursivo, el universitario, cada vez más tecnificado y profesionalizado que, al mismo tiempo que difumina sus fronteras disciplinarias, acentúa al extremo la especialización; y al mismo tiempo que provee un discurso académico que se construye como portador de las más vanguardistas formas de reacción antihegemónicas, se adecua cada vez más “disciplinadamente” a las restricciones neoliberales impuestas a los discursos humanísticos. Richard y Sarlo, aunque con argumentaciones y posturas diferenciadas, elaboran por esos años una discursividad ensayística reactiva a ese escenario, y en este gesto se vinculan a un conjunto de intelectuales del Cono Sur que emprenderán, de manera no formalmente articulada pero con fuerte sintonía entre ellos, una tendencia del pensamiento crítico hacia el ensayismo que alberga diversas modalidades.

El espacio ensayístico se amplía también a los narradores que en estos años desarrollan una intensa producción paralela a su escritura literaria; se trata de una

zona de desplazamiento de la reflexión teórica e intelectual de estos escritores que rehúye la discursividad de la crítica literaria e intenta operar una “literaturización del saber” que contamine y difumine desde la experiencia literaria y estética las certezas de la crítica académica (Giordano 2005). Como lo ha demostrado Ana Cecilia Olmos (2009 y 2010) en sus estudios sobre el ensayo de escritores latinoamericanos contemporáneos, esa “enunciación subjetiva directa” propia del ensayo se hace cargo de la gran indagación abierta por Barthes y se constituye en el propio espacio de autoreflexión de una subjetividad construida en ese mismo proceso de escritura. A prudente distancia de la que despliega la reflexión académica, la enunciación ensayística –sostiene Olmos– opta por la fragmentación, la ausencia de certezas categóricas, la fluidez para cruzar límites genéricos y disolverlos, el recorte arbitrario y, lejos de enfatizar en una mera intención de comunicar los fundamentos de una práctica literaria, “el ensayo de escritores se ofrece como un espacio discursivo de indagación que permite colocar en evidencia el gesto crítico que toda práctica literaria supone antes los usos convencionales del lenguaje” (2009: 2). La primera década del siglo en el Cono Sur es, como vemos, intensa en este tipo de prácticas. Crítica y ensayística comparten una densa zona de reflexión y producción que puede también rastrearse en reflexiones teóricas de forma individual (Weinberg 2001 y 2006), o colectiva (*Boletín*, N° 9, 2001), estudios específicos dentro de las tradiciones nacionales (Mattoni 2003), o en reflexiones integrales a nivel continental (Maíz 2004 y 2010), entre los principales.

Nos concentraremos ahora, sin pretensión de exhaustividad, en algunos rasgos principales de los ensayos de ambas intelectuales así como en algunos otros aspectos en ambas revistas cercanos a la temática que analizamos. La estrategia de Sarlo y de *Punto de Vista*, como de toda buena revista, ha sido la de construir sus propias discusiones y elegir los temas, los interlocutores y las perspectivas con las que quiere abordarlas. Pero no hay que buscar ensayos “temáticos” sobre las reformulaciones en las tendencias teóricas y críticas del latinoamericanismo en el periodo del giro transnacional, como sí podemos encontrarlos frecuentemente en la revista chilena, más cercana a esa problemática. Por supuesto, esto no significa que no haya pronunciamientos expresos pero siempre estarán ligados a una lectura oblicua sobre “otros” temas: el pensamiento crítico, la situación del intelectual, etc. Si tomamos, por ejemplo, el debate en torno a los estudios culturales, que cubrió gran parte de los años noventa, podríamos ensayar dos razones para esta lectura: en primer lugar ¿por qué hablar como algo nuevo de un viejo conocido y casi miembro de la familia? En el caso de *Punto de Vista*, y en el de muchos críticos argentinos y del Cono Sur, la relación con los estudios culturales no es nueva sino que se remonta a mediados de los años setenta, tuvo su articulación fecunda con los latinoamericanistas en los ochenta (Rama, Cándido, Cornejo, Pizarro) y no está intermediada por las articulaciones transnacionales de los discursos teóricos de los noventa en la usina norteamericana. Esta operación ha sido mucho más política que académica en los intelectuales de la izquierda marxista argentina que, en el proceso de autocritica de su matriz teórica, acudieron a los culturalistas ingleses como horizonte de reflexión en su transición al posmarxismo. En los números de los primeros años ochenta ya es posible detectar a través de entrevistas, traducciones y artículos específicos de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano el impacto de los estudios culturales. El registro allí no es ensayístico sino fuertemente “didáctico”

conforme a un propósito de “explicar” –el término es de Sarlo– estas nuevas perspectivas. La coyuntura de recepción de estos estudios en el sur sirvió para elaborar nuevas perspectivas de la crítica en la literatura argentina, con obras de la misma Sarlo, que prontamente impactaron en la región y que abonaron el terreno de una recepción de ese “viejo conocido” y en algún sentido ahora bastante transformado. Pero si bien la revista registra la presencia del debate (el N° 40 de 1991 publica notas de Nelly Richard, García Canclini y la misma Sarlo, que recogen sus presentaciones en un Congreso de LASA ya configurada como la gran usina de difusión del latinoamericanismo transnacionalizado para entonces), Sarlo se ocupa prontamente de fijar *desde dónde* lo lee. En el ensayo “Raymond Williams, una relectura” (N° 45, 1993) realiza una historia de la recepción de Williams por parte del grupo de la revista y muestra claramente el movimiento “en contra de las modas teóricas” que siguieron tanto Williams respecto de los paradigmas hegemónicos del estructuralismo y el marxismo althusseriano, cuanto ellos mismos que, articulados religiosamente a la “conexión francesa”, decidieron en pleno auge de esos postulados realizar lo que muchos consideraban, en ese “clima teórico” una suerte de sacrilegio ideológico. Williams, aclara Sarlo, les proveyó varias soluciones: un paradigma de pensamiento político alternativo al de Althusser, cercano a Gramsci y en tensión con el leninismo; el reingreso de la dimensión social en un discurso crítico influido por el formalismo estructuralista; y el sostenimiento del vínculo con Bajtin y los posformalistas rusos (12). Sarlo ancla así la naturaleza principalmente política de sus vínculos con los estudios culturales, una ausencia que ya venía criticándosele al procesamiento de estos estudios dentro del latinoamericanismo en la academia norteamericana.

En segundo lugar, además de sentar la legitimidad de origen de esta operación, en esos ensayos Sarlo se desacopla de los términos del debate del latinoamericanismo transnacional y se coloca distanciadamente aludiendo a él a través de una serie de ensayos en los que “habla de otra cosa”, para decirlo con las palabras con que ella definió la agenda subterránea de la revista en tiempos de la dictadura. Los ensayos: “Arcaicos o marginales. Situación de los intelectuales en el fin de siglo” (N° 47, 1993), “El relativismo absoluto o cómo el mercado y la sociedad reflexionan sobre estética” (N° 48, 1994), “La voz del intelectual que toma partido. Crítica y autonomía” (N° 50, 1994), y fundamentalmente “Olvidar a Benjamin” (N° 53, 1995), ofrecen insumos para una profunda reflexión de un pensamiento crítico “en las orillas”. Usando esta expresión queremos enfatizar la idea de que Sarlo practica en estos textos de *Punto de Vista* referidos al pensamiento crítico los movimientos que ella advierte en Borges cuando escribe su largo ensayo *Borges, un escritor en las orillas* (1998) libro que, junto a *Escenas de la vida posmoderna* (1994), publica durante la primera parte de la década –su primera versión en inglés es de 1993, producto de una estancia en la Universidad de Cambridge. Sarlo, como Borges, reivindica “la prerrogativa de los latinoamericanos de trabajar dentro de todas las tradiciones”, no percibe como ajena ninguna línea de pensamiento a condición de que sea la propia operación de lectura la que le otorgue esa enunciación localizada. Ella admira de Borges la forma de reorganizar las tradiciones que elige *desde* sus orillas, y que lo convierten por eso “en el más argentino de los escritores”. El espacio de intersección que construye esta operación forma una manera particular, irrepetible, que le da la

localización de su “destino sudamericano”. Por esa misma razón, la ensayística de Sarlo por esos años está recorrida por el fantasma de una pregunta tan obsesiva como tácita en su respuesta: ¿cómo articular un pensamiento crítico que, desde las orillas, desestabilice las grandes tradiciones del pensamiento occidental –incluido el propio– y las convierta en “otra cosa” pensadas desde este *punto de vista*? Y está segura que, como lo piensa para Borges, “desplazarse al filo” de varias tendencias del pensamiento crítico armando su propia tradición, desde el espacio rioplatense, esa “otra cosa”, ese pensamiento otro, no necesitará debates sobre la autenticidad de sus credenciales. Por esa razón, tal vez, no es frecuente encontrar en sus escritos alusiones directas a los debates norte/sur, metrópolis/periferia, etc., en relación a las “aduanas del conocimiento” que debate el latinoamericanismo crítico del periodo. Su obsesión, más bien, se concentra en recuperar aquellos grandes trozos del estallido que dejó el debate de la modernidad –que las teorías posmodernas no resuelven– y tratar de reflexionar sobre ellos desde un lugar de enunciación incómodo: proviene de los estudios culturales pero no deja de señalarle sus “tareas incumplidas”, proviene de la crítica literaria pero no deja de señalarle el abandono de sus fundamentos troncales. No se siente cómoda escribiendo desde esos discursos, por eso privilegia el ensayo como el que más se acerca al espacio al que pertenece: el de la crítica intelectual.

El ensayo es la escritura que sintoniza con el espacio casi obturado para los discursos intelectuales que deja la escena posmoderna: en efecto, en “Arcaicos o marginales” y “La voz universal que toma partido: crítica y autonomía”, analiza la situación de la figura clásica del intelectual corroída por la nueva lógica que redefine la esfera pública massmediática más unificada que conoció Occidente y que por lo mismo no necesita de mediaciones culturales. Sin embargo, y al mismo tiempo, esta nueva esfera privilegia paradójicamente una “retórica de los particularismos” que tampoco habilita la intervención intelectual. Con la excepción de la figura del “experto” que se adecua perfectamente a la lógica comunicacional y del “técnico” que se restringe al particularismo de su juicio, Sarlo no avizora una “voz universal que toma partido”, luego de la muerte del intelectual total que representó Sartre, en una crisis de representación que no se hace cargo de ningún valor colectivo. “No hay lugar universal reconocido para el discurso intelectual” (“La voz” 6), afirma, ni tampoco están dadas las condiciones de enunciabilidad que legitimen y tornen visibles esos discursos. De allí se desprende su crítica a las nuevas zonas teóricas que circulan y que, entre otros, ha asumido el latinoamericanismo crítico: la de recurrir a conglomerados ideológico-culturales que, aun cuando se presenten como paradigmas alternativos a la crisis de la izquierda intelectual y política, declinan una política de intervención colectiva, pública, a la manera de los discursos intelectuales, y se refugian en sus propios territorios teóricos. Son, para ella, otra forma de particularismo y de relativismo extremo. El ensayo es, en este caso, el registro renuente a representar discursivamente al experto o al técnico, pero proclive a ser la voz de una figura evanescente –el intelectual– que se encuentra en franco proceso de redefinición de sus condiciones de enunciabilidad pero que no renuncia a esa enunciación subjetiva que mencionamos antes. A esta voz, como afirma en “Del otro lado del horizonte” –un ensayo sobre el ensayo– le corresponde un registro que le permite reingresar al pensamiento crítico los restos, las incertidumbres, los horizontes apenas

vislumbrados, el temblor de lo que se piensa mientras se escribe: “Contrastando ideas opuestas, incompatibles, saltando nexos lógicos y pasos demostrativos, el ensayo es un sistema de desvíos” (2009: 17)

Los ensayos de Sarlo del periodo marcan una y otra vez esta alerta sobre la cuestión de los valores (estéticos, culturales, sociales, políticos) cuyo portador más articulado en la modernidad fue sin duda ese intelectual que el escenario contemporáneo ha deslegitimado como tal. Sarlo insiste desde el ensayo en el reclamo de que esa voz sigue teniendo vigencia, no en sus modulaciones “totalizantes” que la modernidad le otorgó, imposibles de reconstruir, sino desde un espacio de resistencia al paradójico “absolutismo implantado por el relativismo estético” que impide reiniciar desde otras coordenadas contemporáneas el debate cultural. Por de pronto, los discursos académicos no ayudan y esa es la razón por la cual Sarlo no sintoniza ni se articula con sus problemáticas, y por lo mismo no elige sus discursos. Los registros del pensamiento crítico que practica y postula prefieren mantenerse en el “desfiladero” de una escritura ensayística que tensiona de manera constante “autonomía” y “crítica”, “dos rasgos que se presuponen y la exclusión de uno pone en peligro el otro” (“La voz universal” 8).

A distancia de una crítica al hiperteorismo cuando éste no se transforma en una jerga hermética para la tribu, Sarlo sostiene que acentuar los problemas teóricos es “lo más interesante de una empresa crítica... muy lejos de la suma pacífica de autores con los que se marcan los territorios de una disciplina en expansión” (19). Sus cuestionamientos apuntan en otro sentido: en “Olvidar a Benjamin” empieza denunciando la “vulgata Benjamin” pero su crítica se extiende al conjunto teórico compuesto –amalgamado, reciclado– por los llamados “estudios culturales latinoamericanos”, operación que asocia con las necesidades de una lógica académica en busca de consolidación. Dos cuestiones nos interesa retener aquí: su distanciamiento de los discursos académicos y de su “saber reproductor” y atento a las lógicas de consolidación institucional en su propio mercado, y su reproche a la crítica literaria por su aplanamiento *tout court* en los estudios culturales, problema que Sarlo ve también en el aplanamiento del arte en el mundo de la cultura. En ambas operaciones, según esta argumentación, se ha perdido el sentido de la densidad de sus problemas y potencialidades específicos. Esta línea es la que retoma poco tiempo después en un ensayo publicado precisamente en la *Revista de Crítica Cultural*: “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa” (Nº 15, noviembre 1997), que tiene el condimento de haber sido previamente una conferencia en inglés dada en Duke University, uno de los centros nucleares de las tendencias teóricas que ella desafía. Sarlo opta por el ensayo como un registro discursivo que sutura el vacío frente a lo que ella denomina la “disolución de la crítica literaria dentro de los estudios culturales”. Elige el ensayo también porque, en su opinión, la crítica literaria hipertecnificada ha abandonado sin respuestas sus interrogantes específicos, y porque los estudios culturales no los absorbieron ni tampoco asumieron la vocación social y política que le dieron origen. Un cúmulo de interrogantes irresueltos deja la crisis de los discursos de la modernidad y Sarlo los recupera en la forma también fragmentaria del ensayo: ¿cómo procesar las ideas de cambio social fuera de las narrativas totalizadoras? ¿cómo transitar la crisis de las vanguardias de la modernidad y sus valores estéticos? y ¿cómo colocar nuevamente en la agenda el problema de los

valores estéticos en el arte, rescatando para el pensamiento de izquierda una cuestión que, según Sarlo, esta izquierda le cedió equivocadamente a la derecha conservadora y defensora del canon occidental, en vez de asumir que se trata de un problema central para la teoría política y la teoría del arte. “La discusión de los valores –afirma Sarlo– es el gran debate de fin de siglo”.

Nelly Richard, por su parte, asume desde el inicio de su revista esta forma discursiva que le permite transitar y “zigzaguear” –el término le pertenece– a través de los vasos comunicantes de una escritura crítica que no reconoce referentes disciplinarios estrictos o puros. Esta arena transdisciplinaria que articula su discurso y que vincula crítica cultural, arte, estética y política –particularmente anclada en el pensamiento de la deconstrucción y en las teorías posmodernas– no deviene de su conexión con el mundo académico local o internacional y sus elaboraciones teóricas. Por el contrario, ya sea porque ni ella ni sus colaboradores actuaron en el mundo universitario durante la dictadura o porque sus prácticas se vinculan directamente a movimientos artísticos de vanguardia (su antecedente declarado es la “escena de avanzada”, movimiento político-cultural de los años ochenta), lo cierto es que el ensayismo crítico propiciado en la revista se fragua en una coyuntura localizada y tensionada que debe imponer su programa cultural ante dos frentes: por un lado, los discursos académicos conservadores, institucionalizados durante la dictadura, portadores de una visión homogénea de la cultura y, por otro lado, los discursos político-culturales de la oposición a la dictadura, anquilosados en una verdad monolítica que no se hizo cargo de la crisis de los paradigmas políticos y culturales de la izquierda en el fin de guerra fría. Esa frontalidad, esa cercanía de bloques tan monolíticos del periodo de la transición, le permite a la revista no distraerse en devaneos teóricos sin anclajes locales, algo que ya había experimentado la revista argentina durante su propia transición política en los ochenta. Los temas elegidos para cada número son una clara intervención en la coyuntura de cuestiones clave para romper con una agenda que había que clausurar luego de diecisiete años de dictadura pero que al mismo tiempo había que instalar, en un escenario de “consensos democráticos” que no daba demasiado espacio a los discursos rupturistas.

La revista entra de lleno, desde su primer número, a hacerse cargo de todos los temas de un momento tan álgido a principios de los noventa: a nivel nacional –la transición democrática–, regional –la agudización y generalización de las políticas neoliberales–, y transnacional –la caída del bloque soviético, el inicio de la globalización, la mutación introducida por los medios electrónicos de comunicación–, todas cuestiones que el arte registra y descompone a través de sus trizados lenguajes, aquellos que buscan en los intersticios y en los residuos sociales los fragmentos de los discursos autoritarios y totalizantes. De allí su ponderación inicial a las artes experimentales, explícita en su presentación del N° 1 de la revista: “Estéticas de la oblicuidad” (1990: 6-8) en la que reivindica la potencialidad de éstas de fracturar pensamientos monolíticos a través de un vector transversal que desacopla la cadena de estabilización de sentidos. Los temas que preocuparon a Richard y su equipo de colaboradores abarcan un amplio repertorio de reflexiones contemporáneas. La misma directora, luego del cierre de la revista en 2008, ha reorganizado el material en tres volúmenes denominados: *Debates críticos en América Latina* (2008) en los que hace una selección de los conjuntos

problemáticos más densos que transitó la revista. Precisamente, el volumen 2 agrupa un dossier de dieciséis ensayos en torno a “Transformaciones universitarias y cruces de disciplinas” que demuestra la recurrencia temática que tuvo esta cuestión a lo largo de todos los números de la revista, ya que los textos seleccionados están publicados entre 1990 y 2002, con puntos de concentración en 1996-1997 y 2001-2002.

Esta nueva organización de los artículos y su lectura permite sacar algunas conclusiones: en primer lugar, desde el punto de vista de la política editorial, es claro que Richard tiene una agenda que desde sus inicios coincide con los cambios epistemológicos propuestos por las teorías críticas de la modernidad y todo el bagaje de democratización que supusieron los estudios culturales como propuesta de reorganización de los saberes sobre la cultura, de abolición de los tabiques disciplinarios, de aperturas de fronteras entre el interior y el exterior de los discursos y las instituciones académicas, de constitución de nuevos sujetos y nuevos objetos de estudio, etc. Sin embargo, y en segundo lugar, a lo largo de sus ensayos publicados en la revista pero también en diferentes volúmenes y revistas académicas del periodo, Richard no deja de advertir el peligro que conlleva que estos discursos sean articulados a la lógica de un proceso de reorganización global del conocimiento, de transnacionalización de nuevos repertorios de saberes y teorías sin vínculo con las lógicas y particularidades de campos de enunciación *situados*, epistemológica y geopolíticamente, desde un espacio de experiencias específico, como el latinoamericano y –en su caso– el del Cono Sur en procesos postdictatoriales. Ella advierte no contra el cuerpo teórico en sí sino contra su inserción –deliberada o no– dentro de las dinámicas de funcionamiento de las instituciones académicas metropolitanas y sus centros de producción de saberes en el marco de la transnacionalización de los discursos culturales. Una diseminación homogeneizante que trastoca las relaciones específicas de articulación entre lo local, esto es, las particularidades de los circuitos específicos dentro de sus propias tradiciones y sus modos de colocación respecto de los discursos transnacionalizados, y su dimensión global. Esto es particularmente peligroso porque, desde la perspectiva de Richard, lo que está en juego allí, entre otras cosas, es el borramiento de “la densidad histórica de lo local y de sus regionalismos críticos” (Richard 2005). Cabe advertir, por otra parte, que su tensión con estos discursos no se parapeta en las prescripciones de los nacionalismos culturales a los que ella identifica con lo más conservador del pensamiento que fue hegemónico durante la dictadura.

La crítica chilena parte de la asunción de que, en el campo de fuerzas del latinoamericanismo transnacionalizado, “ya no es posible una teoría latinoamericana que piense independientemente de la trama conceptual del discurso académico metropolitano” (Richard 1997: 346); de allí la importancia de que la enunciación teórica localizada parta de una “condición de experiencia” que “emerge del acto de pensar la teoría insertos en una determinada localidad geocultural a través de una relación construida entre emplazamiento de discurso y mediación de códigos, entre ubicación de contexto y posición de discurso” (346). Por eso, para Richard, el latinoamericanismo es una noción que ella define como un “dispositivo de conocimiento académico” que necesariamente debe ser intersectado con *otra* noción de Latinoamérica, que debe dejar de ser solo un objeto

de estudio para expandirse como “campo de experiencias” y “postura de enunciación” con potencialidad epistemológica diferenciada.

Esta concepción supone que, si por un lado ya no es posible sostener las bipolaridades y dicotomías que identificaron al latinoamericanismo canónico del siglo XX –que abonaron las teorías antiimperialistas y de la dependencia, sujetas a la lógica centro/periferia–, tampoco es posible en este escenario del latinoamericanismo transnacionalizado de principios de siglo asumir que estamos frente a un espacio carente de posiciones hegemónicas fuertes. Cárcamo Huechante inaugura el conjunto de reflexiones sobre “Transformaciones universitarias y cruces de disciplinas” de la recopilación realizada en 2008 por Richard, (publicado en el N° 23, 2001) precisamente ahondando en los discursos del economicismo de los noventa en la posdictadura chilena y su absorción sin mediaciones de las políticas neoliberales de mercado, situación que con modalidades locales se aplicó generalizadamente en toda la región. El autor demuestra en el análisis de este discurso la necesidad de atender en esta nueva escena transnacionalizada a “la dinámica asimétrica de los intercambios en la economía política del saber” (2008: 24) en la cual la autoridad de un saber teórico–económico, intelectual, etc.–organiza un dispositivo conceptual que coloca a Latinoamérica en el “dominio de la experiencia, de la práctica, de la aplicabilidad” (24). Cercanas a estas perspectivas desde el discurso económico están las reflexiones de Richard que ya desde sus obras tempranas como *La estratificación de los márgenes* (1989) viene sosteniendo estas alertas. Esto que ella denomina en su texto de 1997 “la postura subteórica de la otredad latinoamericana” y que implica una nueva lógica de “división del trabajo”, según ella, no exenta de dicotomías ya que opone “teoría y práctica, razón y materia, conocimiento y realidad, discurso y experiencia, mediación e inmediatez”. El primer término de esta serie señala el poder intelectual de la teorización del centro y el segundo alude a una suerte de instancia ontológica, cuya única prevalencia es la experiencia, reverso de la “razón metropolitana”, como Jean Franco denominó a este mecanismo. El resultado es, en palabras de Mabel Moraña, un “neoexotismo crítico” que mantiene a América Latina en el lugar del otro, un lugar preteórico, calibanesco y marginal, con respecto a los discursos metropolitanos” (Moraña en Richard 2008: 103).

De allí que en la *Revista de Crítica Cultural* se empeñe en desplegar una escena mucho más amplia y compleja desde el punto de vista de los actores que debaten y de su “locus de enunciación” teórico y geopolítico; hay una genuina preocupación por detectar los tránsitos entre posiciones en las que los deícticos se intersectan, dialogan y se tensionan. En estos ensayos que debaten el estado de la crítica y de las disciplinas que la cruzan están presentes representantes de diversas perspectivas, con una notoria presencia del ensayismo crítico del Cono Sur, ya sea localizados en él: Beatriz Sarlo, Hugo Achugar, Raúl Antelo, Bernardo Subercaseaux, Nicolás Casullo, Kemy Oyarzún, o fuera del él: Mabel Moraña, Néstor García Canclini, junto a posiciones de otros espacios académicos, principalmente norteamericanos (Julio Ramos, John Beverley, Ileana Rodríguez, Alberto Moreiras), para nombrar solo aquellos vinculados a la crítica literaria y cultural. Lo interesante de esta conjunción de ensayos es percibir la densidad y diversidad de posiciones que rehúyen los binarismos –ya que sus procedencias geográficas y pertenencias académicas no indican una posición unificada–, instalan

la multifocalidad de la enunciación crítica y, al mismo tiempo, abren paso a importantes perspectivas locales de alta condensación que no estaban siendo sintonizadas por entonces sino en circuitos restringidos (Antelo).

Cabe resaltar también que la opción por el ensayismo no está restringida al ámbito de los discursos culturales. La revista, y este dossier en particular, da cabida a la reflexión *ensayística* sobre la crisis de los discursos dentro de las ciencias sociales: el chileno José Joaquín Brunner y el argentino Nicolás Casullo, se encargan de registrarlo. Brunner en “Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas”, publicado en el dossier sobre la crisis de las disciplinas en el N° 15, 1997 y recopilada en Richard (2008), declara la defunción del discurso de la sociología como un lenguaje que “ha dejado de hablar”, en el sentido del discurso que se encargó durante su construcción como disciplina autónoma de la modernidad de la descripción y análisis de los grandes sistemas sociales y sus grandes narrativas. Hoy, “lacerada por la autoconciencia de su lenguaje profesional” (46), esta discursividad de la gran sociología, la “sinfónica”, no puede hacerse cargo de las nuevas configuraciones sociales fragmentadas, las sostenidas desde las narrativas posmodernas que otros géneros portan mejor que el registro sociológico: “Frente a la fuerza de estas narrativas, la sociología –en sus vertientes macro y micro– parece ir quedando fuera de la escena intelectual y del campo comunicativo” (48).

Por su parte, Casullo en “El centinela y la prostituta: la poética en el subsuelo de la palabra”, ensayo publicado en el N° 1 de la revista en 1990 y recopilado en Richard (2008), introduce desde el principio una fractura en el discurso de las ciencias sociales. El texto, expuesto nada menos que en la apertura de un seminario de CLACSO sobre “Estética y sociedad”, coloca el tema de los discursos disciplinarios en su punto mayor hacia el giro ensayístico. Casullo aboga por acudir a “una postergada cita con la estética” precisamente como modo de reconocer “la casi definitiva extenuación de ese ilusorio relato del siglo XX, su best seller, que fue la escritura científica social” (Richard 2008: 64). Entre esta “historia postextual” que va borrando las discursividades de pertenencia, según Casullo, y la amenaza de terminar escribiendo un “texto único”, homogeneizado y homogeneizante, el ensayista argentino reivindica el potencial de la escritura estética, propia, “un relato otro” diferenciado de los saberes profesionalizados para comprender la sociedad contemporánea. De allí su opción por la escritura de Benjamin: “un hombre que escondió y contrabandéó su poética en el *ensayo*, en una metafórica escritura del saber, como forma pertinaz e ineludible de deslindarse del éxito y de la academia” (65) (énfasis nuestro). Casullo rescata al ensayo como alternativa de resistencia al régimen de las discursividades disciplinarias hegemónicas que recubren ese lenguaje con el ropaje del conocimiento, y apela al ensayismo estético y crítico para construir esa posición de discurso diferenciada, algo muy cercano a lo que propone Richard desde su concepción del “ensayismo crítico”.

Hemos tratado de presentar, sin ninguna pretensión de agotar el tema, los ensayos de Beatriz Sarlo y Nelly Richard en el periodo 1990-2000 a través de sus dos revistas y, en particular, aquellos ensayos de ambas y de algunos cercanos colaboradores en torno a los debates teóricos y críticos de la literatura y la cultura latinoamericanas en el cambio de siglo. Y hemos sostenido que su especial opción

por el registro ensayístico es sintomático de una modulación diferenciada que esta escritura asumió en un momento de intenso debate de las encrucijadas de la modernidad, de fuerte reconfiguración de los discursos teóricos y críticos, y de marcada transnacionalización de los estudios de la literatura latinoamericana. Hemos intentado mostrar, asimismo, de qué modo el ensayo es seleccionado como la forma de la construcción de posiciones tensionadas que no se parapetan reactivamente en la defensa de lo que ya la contemporaneidad no sostiene, pero tampoco se conforman con las doxas aggiornadas o reconfiguradas de los primeros momentos de la transnacionalización de los discursos críticos. Una escritura que, al tiempo que suturaba las deudas que dejó la modernidad letrada del siglo XX, intentaba no reinstalar otra forma de totalidad que paradójicamente postulaban aquellos paradigmas que se erigían por entonces para impugnar los pasados. El ensayismo crítico abrió una vía para pensar las derivas de la fallida posmodernidad latinoamericana con la voz propia, situada, y dispuesta a transitar desde el balbuceo al aforismo en un más allá de las certezas.

Referencias bibliográficas

- Boletín*, 9. Número especial dedicado a “El ensayo de los escritores”. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2001.
- Giordano, Alberto. *Los modos del ensayo. De Borges a Piglia*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2005.
- Maíz, Claudio. *El ensayo: entre género y discurso*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 2004.
- El ensayo latinoamericano: revisiones, balances y proyecciones de un género fundacional*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2010.
- Mattoni, Silvio. *Las formas del ensayo: en la Argentina de los años 50*. Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2003.
- Moraña, Mabel, 2003 “Revistas culturales y mediación letrada en América Latina”, *Outra Travessia*, Universidade Federal de Santa Catarina, n.º. 1 (2003), pp. 67-73. En: <<https://periodicos.ufsc.br/index.php/Outra>> (12 agosto 2015).
- Olmos, Ana Cecilia, 2009 “Los límites de lo legible. Ensayo y ficción en la literatura latinoamericana”, *Crítica cultural*, vol. 4, n.º.1 (2009), pp. 3-16. <http://www.portaldeperiodicos.unisul.br/index.php/Critica_Cultural/article/view/124> (13 agosto 2015).
- “Disponer y exponer la biblioteca. El ensayo de lectura de los escritores de ficción”, en Maíz, Claudio (ed.). *El ensayo latinoamericano: revisiones, balances y proyecciones de un género fundacional*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, vol.1, 2010, pp. 281-289.
- Patiño, Roxana, 1999 “Discursos teóricos y proyectos intelectuales: *Punto de vista* y la introducción de Raymond Williams y Pierre Bourdieu en Argentina”, *E.T.C (Ensayo, Teoría, Crítica)*, vol. 7, n.º. 10 (1999), pp. 25-33.
- Richard, Nelly, “Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: saberes académicos, práctica teórica y crítica cultural”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXIII, n.º. 180 (1997), pp. 345-361.
- “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en Daniel Mato (ed.). *Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2005, pp. 455-470.

- Richard, Nelly (ed.). *Debates críticos en América Latina* (3 vols.). Santiago: ARCIS/Cuarto Propio/Revista de Crítica Cultural, 2008.
- Sarlo, Beatriz, “Del otro lado del horizonte”, *Boletín*, n.º. 9 (2001), Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, pp.16-31.
- Weinberg, Liliana. 2001 *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Situación del ensayo*. México: UNAM, 2006.